

CHAFARINAS

UNA ALDEA

EN LA MAR

AUTOR: LUIS JÁTIVA GARCÍA

ISBN : 978-84-614-1064-4

Dep. Legal: AS – 1048 / 2010

Registro de la propiedad Intelectual: 05-2008-212

Nº 0-146-2008

COMENTARIOS :

Durante algunos años tuve la fortuna de coincidir con Luis Játiva en el Ambulatorio Central de Oviedo, ejerciendo nuestras mutuas especialidades. Aunque conocía de él su buen hacer como Analista, y la circunstancia de haber sido médico militar, ignoraba otras muchas facultades que fui descubriendo en su persona a lo largo de las tardes que, a la salida de nuestro trabajo, compartíamos en breve pero cordial tertulia en la que solía estar presente otro entrañable compañero: Dr. Manuel Álvarez Fernández, Internista y Endocrinólogo, también médico militar en excedencia.

El conocimiento del Dr. Luis Játiva García de la vida militar en territorio africano podría calificarse de enciclopédico. Sus narraciones en forma de crónica novelada, incluyen personajes que además de ofrecer un singular interés humano, constituyen noticia de un estilo de vida dentro de un medio que, por lo general, resulta desconocido.

Por ejemplo, la novela que tengo en mis manos y que Luis Játiva titula CHAFARINAS UNA ALDEA EN LA MAR, no podemos verla únicamente como un diario en el que se narran una serie de personajes y acontecimientos ocurridos durante un periodo de tiempo en aquellas islas, sino que, (y esto es lo importante) la vida de estos personajes sirve para introducirnos en el conocimiento de las costumbres y en la misma historia, llena de misterios, de las Chafarinas: nada en el libro pasa

desapercibido, desde la descripción geográfica, hasta la minuciosa investigación de los “archivos”, donde se hallan datos sobre la existencia de los “deportados”, (“111 personas, de los cuales 72 eran cubano, algunos filipinos y el restos españoles, algunos de los cuales lucharon a favor de los guerrilleros cubanos”), o las “desterrados”, hombres ilustres como Cossío, Jiménez de Asúa, Casanueva, Salvador Villa, entre otros, a los cuales, en sus tertulias “les gusta hablar de Unamuno, que igual que ellos, había padecido destierro en la Isla de Fuerteventura en 1.924, etc.

Por tanto, la novela además de contribuir a la formación de una verdadera “conciencia histórica”, tendría todo el valor de un ensayo de antropología física, de indudable significación africanista.

La sorpresa de hallar estas narraciones de Luis Játiva no es tanta, si tenemos en cuenta su compleja y rica biografía:

Nacido el 2 de diciembre de 1.934, en la ciudad de Melilla, pasó su primera infancia entre Melilla y Valencia. A la edad de ocho años residió una larga temporada en Axdir, poblado del norte de Marruecos, en la misma casa palacio donde había nacido Abd el Krim, dado que su hermano era médico del Majzen marroquí, allí convivió con los niños rifeños, aprendiendo las primera letras en la escuela que un maestro marroquí departía. Durante los años del bachiller, que hizo en Melilla, se pasaba grandes temporadas con sus hermanos, los médicos del

Majzen, en varios poblados, Midar, Drius, Ben Tieb, Quebdani, Ainzora, Ras el Ma y otros.

Estudió la carrera de medicina en Cádiz, 1.953-1959. Donde igualmente hizo la especialidad de Pediatría y Puericultura.

Hizo las Milicias Universitaria en Montejaque y las practicas en San Roque (Cádiz). Ejerció como médico de APD en Villafranca de Córdoba. En 1.961 ingresa en Sanidad Militar y tras un año de Academia sale con la graduación de teniente médico y es destinado a las Islas Chafarinas, permaneciendo en ellas hasta 1.965, en que asciende a capitán médico y es destinado a Ifni.

Entre 19.68 y 1.970 hace las Especialidades de Medicina Preventiva y Análisis Clínicos en la Escuela de Aplicación de Sanidad Militar en Madrid.

En 1971 es destinado al Hospital Militar de Oviedo como Jefe del Servicio de Análisis Clínicos y hepatología.

En 1.979 pide la excedencia del Ejército e ingresa en Sanidad Nacional por oposición, siendo destinado al Hospital de Enfermedades Infecciosas de Madrid y trasladado a Oviedo en Comisión de Servicio.

Ha pertenecido a la Seguridad Social como Médico Analista en el Ambulatorio Central y su último destino ha sido en el Instituto Nacional de Silicosis en Oviedo.

Ha ejercido en Melilla, Almería, Jerez de la Frontera, Villafranca de Córdoba, Madrid y Oviedo.

Ha publicado diversos trabajos médicos en varias revistas.

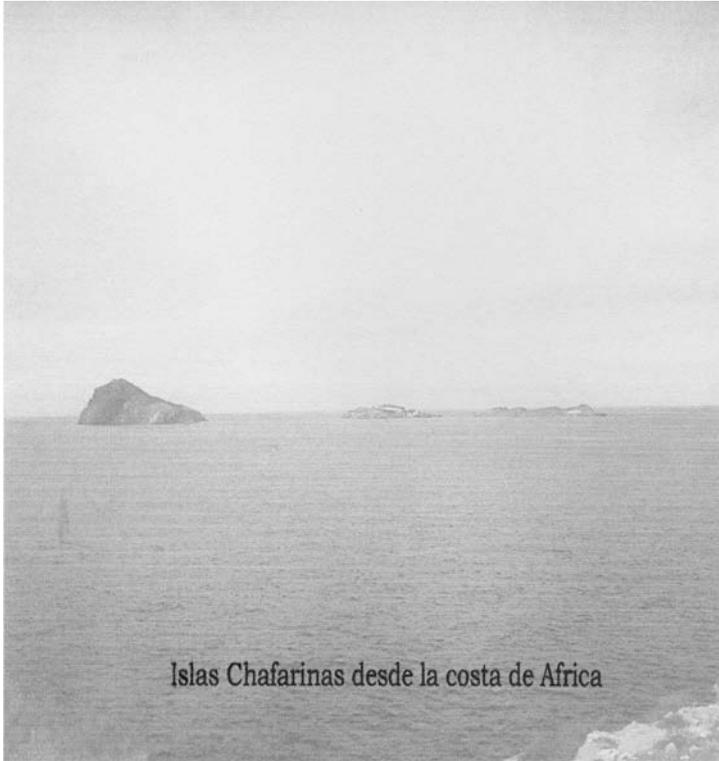
Tras la jubilación, ha escrito varios artículos en la Revista del Colegio Médico de Asturias.

Ha publicado una novela: "SIDI TEBIB", un libro sobre "EL PRINCIPADO DE ASTURIAS EN EL MEDIOEVO " y tiene pendiente de publicación varias novelas, "PEON 4 DAMA", VICENTE UN GUERRERO ESPAÑOL", "LA ALDEA", "A FINALES DE AQUEL VERANO", CHAFARINAS, UNA ALDEA EN LA MAR", "IFNI CAFARD", "MELILLA RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD".

Mi enhorabuena a Luis Játiva por su estimulante trabajo, el cual, constituye, en los momentos actuales, una aportación literaria y humana de inestimable valor.

José Luis Mediavilla.

Oviedo.



PROLOGO:

Al escribir este relato, he intentado contar las vivencias, amores y desamores, de los que, por diversas circunstancias, se ven obligados a residir en una pequeña isla, lejos de todo y cerca de nada.

No pretendo juzgar a nada, ni a nadie, ni que los personajes de este relato sean reales.

Parte de este relato lo escribí hace ahora 40 años.

Dormía el sueño de todo aquello que escribimos en unos momentos que la realidad nos absorbe, luego, tal vez porque determinado sucesos podrían dañar la imagen idílica que tenemos de nuestro pasado, decidí guardarlos en un olvido imposible de evitar, hasta que por azar, salen de nuevo de su letargo.

Ahora, al mirar hacia atrás, cuando ya casi he recorrido todo mi camino, sin amargura, sin penas y sin rencores, creo que es el momento de relatar aquellos hechos a los que tuve ocasión de conocer.

A pesar de los muchos años que han pasado, en la retina de mi memoria, veo piedra a piedra cada rincón de las Islas, me huele a mar mi pensamiento y mis palabras me saben a sal. Recuerdo a las personas que conocí, a cada una de ellas, tal como si solo hiciera unos días que convivimos.

Al fin, pienso, que el recuerdo de aquellos años, me sirven para revivir, en la añoranza, una parte de nuestra existencia, que por otro lado siempre tengo presente.

Las Islas Chafarinas son un archipiélago asentado en el Mar Mediterráneo, situado a 3 millas frente a las costas

del poblado de Ras el Ma (Cabo de Agua), próximo a la desembocadura del río Muluya.

Los habitantes de aquella región marroquí, beréberes, les llaman Takfarinas y en árabe son designadas “Ya farrilla”.

Las islas permanecieron deshabitadas, solo esporádicamente las visitaban algunos pescadores, hasta que el 6 enero de 1.848 que tomadas por el General Francisco Serrano pasaron a formar parte del Reino de España.

Las Islas están denominadas como Isla del Congreso, la mas occidental, de mayor tamaño (de unas 22,5 ha.) y con la cima mas alta, de 137 sobre el nivel del mar. La Isla bautizada como Isabel II, separada de la anterior por 1000 metros, (de 19,9 ha.) ha estado habitada desde su toma, llegando en determinadas ocasiones a mantener una población de cerca de 2000 personas. La tercera, la mas oriental de 12,7 ha., llamada del Rey Francisco, esta situada a unos 170 metros de la Isla Isabel II.

A lo largo de la historia han sido conocidas y designadas con distintos nombres, los romanos las llamaron las “tres insulae”, otras veces fueron llamadas como Yezirat Meluia, por su proximidad del río Muluya, Yezirat

Quebda, por estar frente a los montes de Kbdana, Shaffarin, Yas farin, Farines, Chiafarinas o Aljafarinas.



General Francisco Serrano

EL TRIANA

Melilla, aquel 10 de agosto, a las 8 de la mañana, el sol ha remontado el horizonte, sus rayos se posan sobre el vapor Triana y se reflejan en las aguas quietas del puerto.

El sonar de la sirena de un buque que esta atracando, el ruido de unos pesqueros que vuelven de faenar, las gaviotas que vuelan tras las popas de los pesqueros, mendigando unos pescados con sus gritos ásperos, a lo lejos se oye el trepidar de una locomotora que transporta mineral, por su chimenea asoma un humo blanquecino que forma remolinos, a los lejos, en el cargadero de mineral, las tolvas del tren sueltan su carga y durante unos minutos ocasionan un ruido ensordecedor. Unos hombres arrastran un carromato cargado con cajas de pescado, las ruedas chirrían, el olor pescado, a salazón, a mar, impregnan el ambiente, en el puerto la vida bulle. A lo lejos, al otro lado del puerto, en la entrada de Melilla Antigua, se oye la corneta del cuartel de la Compañía de Mar.

Algún taxi desvencijado va camino del muelle, en unos minutos, si el tiempo no lo impide, atracara el “Vicente Puchol”, el buque que llega de Málaga, cargado de enseres

y gentes, que como fardos, tras una mala noche de mareos y vómitos, ansían pisar tierra.

Hace calor, junto al muelle pesquero unos marinos se afanan en cargar los bultos en la bodega, sacos de harina, carne en salazón, frutas, verduras, unas literas y colchones de borra. Cierran la ancha escotilla. Sobre cubierta amarran fuertemente unos bidones de gasolina y gasoleo.

Cuando han terminado, marchan hasta el bar la Marina, situado en la esquina del muelle de poniente.

Durante la hora, que aun falta para zarpar, se toman un “carajillo”, de esa manera matan el gusanillo y sobre todo el aburrimiento, que semana a semana y así durante años, les causa esta monótona travesía.

Para los marineros es una forma fácil de ganarse la vida, el resto de la semana están libres para sus “chipichangueos”, que les ayuda a mantener a la familia y dar estudios a sus hijos.

El Triana, es una antigua barcaza y remolcador de la marina española de los años 30, que ahora viene haciendo el servicio de transporte entre Melilla y las Islas Chafarinas.

Aunque sus orígenes son sevillanos, de ahí su nombre, su porte es poco airoso. Con una eslora de unos 30 metros,

su manga es de casi 20 metros, el pantoque es curvo, sin apenas quilla. En mitad del barco, lleva un pequeño puente, y sobre el una cabina donde va el timón y se aloja el Patrón. Destaca la chimenea, una enorme chimenea, que con su humo negro avisa de su llegada. En la popa, una pequeña pluma, con la que se ayudan para cargar y descargar. A proa lleva extendida una lona triangular, en la que se cobijan del sol y de la lluvia los sufridos pasajeros. La cubierta es el aposento, generalmente, de los soldados que van y vienen de las islas, con sus petates y mosquetones a cuestas. Hay una pequeña sala, que cuando embarca alguna mujer o niños, suelen descansar en ella. Algunos privilegiados acompañan al Patrón en su pequeña cabina.



El vapor Triana (Foto colec. Delgado Fernandez)

Esta construida en hierro soldado, pintado de gris plomizo, aunque en el momento actual, el color es tan variado como las cientos de veces que lo han retocado.

Su velocidad de crucero son 6 nudos a la hora y por su forma tan poco agraciada, aun con tiempo en calma, se mueve y oscila como una peonza. Las 5 o 6 horas que dura la travesía, es suficiente para que la mayoría de los sufridos pasajeros, terminen mareados y “expeliendo” su contenido gástrico.

Pero hoy es diferente, después de muchos años de navegación, es su última singladura. Mañana pasa a engrosar el honroso nombre de “desguace”.

Su Patrón, se siente triste y contento a la vez. Son muchos años bregando con esta “gabarrota”, como el la llama. Forma parte de él, como el pelo de su barba, que no para de atusarse. Como es tan poco “agraciada” y la conoce tanto, que la ha podido manejar a su antojo, como una mujer dócil y agradecida.

A veces, piensa que tiene alma, que siente, se alegra y sufre.

Han sido tantos años de lucha, unidos por las cadenas del pequeño timón, que ahora, que le llega la hora del morir, siente pena por ella. En realidad, es como otro ser viviente, su corazón es su motor, viejo ya y achacoso, su cuerpo son sus amuras, sus costados, remendados, reumático y lleno de parches, la bodega es su estomago, la escotilla es su boca, los brazos son las plumas, un tanto desvencijadas, con las que cogen los bultos, su vista, su alma y su memoria la comparte con el Patrón, que de alguna forma es parte de la “gabarrota”.

Han sido tanto años unidos en un mismo destino, han pasado tantas cosas, que ahora, es cierto, se siente triste, por el adiós, pero también se siente alegre porque le ha llegado su hora, sin ninguna mancha en su honor, de barco humilde, trabajador y sacrificado por los demás.

Cuando mañana lo desguacen, deberían tocar la corneta, tal cual a los héroes. Y lo mismo que hay un monumento al “soldado desconocido”, que lucho y murió por los demás, tendría que haber otro al “barco desconocido”, que navegó años tras años, llevando y transportando lo mejor de este mundo.

El Patrón, sentado en su butaca, junto al timón, observa como las gentes pasan por el puerto y se fijan en el Triana, escucha como algunas comentan “yo he viajado en este barco”.

Aun falta una hora para salir, los recuerdos se agolpan, desde el primer día que le tocó hacer guardia en la gabarra, atracada en el muelle sur, del puerto de Sevilla, las cientos de veces que navegó por el Guadalquivir, transportando ganado, personas y toda clase de enseres. Recuerda aquella noche, que aquel desgraciado quiso prenderle fuego, como consiguieron apagarlo y juraría que la gabarra se quejaba. Recordaba cuando embarranco en la Punta del Perro, donde estaba situado el fondeadero de Chipiona. Muchos la dieron por muerta, pero llegó la noche, subió la marea como nunca lo había hecho y ella sólo volvió a flotar como una ballena que se resista a morir. Las veces que pasó por Sanlúcar de Barrameda,

cuando había carrera de caballos en la playa, él era un espectador privilegiado y hasta apostaba con los marineros. En el faro de Bonanza, a veces repostaba agua y de paso la mujer del farero, aquella delgada y amable mujer, le preparaba unos langostinos, que estaban exquisitos.

Durante la guerra, ya en Melilla, cuantas veces temió que alguna granada la alcanzase, pero milagrosamente terminó la guerra, ella y él salieron indemnes. Después, le tocó hacer las travesías de los Peñones, cada vez que llegaba a Alhucemas y las barcas se acercaban, sentía las penas y las alegrías de aquellos que malvivían en aquella “gabarra embarrancada”, que era aquel islote. Tantas veces como fue a las Islas Chafarinas, siempre ocurría lo mismo, las gentes ansiosas a la llegada y la soledad de la partida. Pero ahora todo eso se acabó para “mi gabarrota”, descansa en la paz que se ha merecido, aunque espera que todos sus hierros terminaran en un horno crematorio y sus restos, refundidos en un precioso yate que navegue por los anchos mares.

El Patrón del Triana, dicen los “malintencionados”, que solo sale al mar cuando está en calma “chicha”, otros dicen, que antes de partir, saca una vela encendida y si se apaga, queda en puerto. Lo cierto es, que como en todo,

hay quienes se alegran, los que quedan en Melilla y quienes se desesperan, los que en la Isla se quedan esperando el relevo y marchar o simplemente recibir carta de algún ser querido.



Puerto pesquero de Melilla 1.962

JULIAN, EL PATRON

Julián, el patrón, pudo haber sido un rudo “lobo de mar”, sus comienzos en las gabarras del Puerto de Jijón, le auguraban un gran porvenir. Con 16 años, su madre lo enroló en un barco carbonero, que hacía el trayecto de Gijón a Bilbao, llevando el carbón de la mina Maria Luisa y traían lo fabricado en los Altos hornos de Vizcaya. A esa edad, ya era un mozo fuerte, no muy alto, y bien dispuesto para trabajar. En aquel barco hacía todas las labores, lo mismo ayudaba a la carga y descarga, como aprendía el manejo del velamen y de la maquina de vapor. Eso era lo peor, cuando tenía que vigilar la caldera, el hogar, los colectores, las válvulas de alimentación y controlar la presión. A parte del inmenso calor que allí hacía, sudaba copiosamente, lo peor era que no se podía mover del cuarto de maquinas. Así estuvo durante tres años, que fueron una experiencia lastimosa. Tanto, que lleo un momento que no pudo mas y abandono.

Dejo el mar para dedicarse a trabajar en el campo. Tenían una pequeña finca en la Franca, muy cerca de la playa, a

mitad de camino entre Santander y Gijón. No era muy extensa, donde cultivaban “fabes”, patatas, tomates, con algunos manzanos y un pequeño maizal. Además, tenían una cuadra, con 4 vacas, sobre ella estaban los dormitorios de la casa, para que les diera el calor de las reses y haciendo pared estaba la cocina, que hacia las veces de comedor y sala de estar. Y para remate, en un cuarto que habían añadido a la casa, tenían montado un lagar, con una prensa de madera, donde fabricaban el mosto de manzana y un pequeño sótano donde dejaban fermentar el mosto y fabricaban su propia sidra.

Todas las horas de trabajo y del esfuerzo que hacía falta para llevar la finca, caía sobre los hombros de la madre y del hijo, realmente era excesivo y sobre todo, se sentía prisionero de las vacas.

Cuando cumplió los 20 años, le toco hacer el servicio militar en Sevilla. Para él fue una liberación, tanto es así que cuando a los tres años lo licenciaron, se busco la vida en Sevilla. Con los certificados que tenia de haber sido marinero, encontró pronto trabajo, primero como marinero en una gabarra, con las que transportaban las mercancías a los muelles y finalmente, en los años 30, paso a una barcaza, que hacía las veces de remolcador, la

“Triana “, con la cual llegaba hasta la desembocadura del Guadalquivir, al faro de Bonanza , Chipiona y desembarcaban los enseres y personas que transportaban en Rota, aunque algunas veces, muy pocas, si la mar lo permitían, llegaban hasta el Puerto de Santa María y a Cádiz.

Poco antes de la Guerra Civil, lo movilizaron a el y a su barcaza, por aquellos tiempos se dedico a transportar hombres, acémilas y alimentos para las tropas. Cuando termino la guerra siguió adscrito a la Marina, como patrón del remolcador.

En los años 40 se caso. En uno de los viajes que hizo a su tierra, la madre le tenía preparada una moza, eso si, guapa y hacendosa, se habían conocido de pequeños, en unos días se hicieron novios y se casaron, se trasladaron a Melilla. Allí estaba todo lo que amaba, su mujer, la barcaza Triana, que ya formaba parte de la familia y poco después tuvieron un hijo, que le llamaron Pelayo.

Desde entonces, hasta ahora, ha tenido una vida tranquila, al principio tenía asignado el Peñón de Alhucemas, pero como podía ser abastecido desde Villa Sanjurjo (Alhucemas) y además, los correos “piojos”, como el “ León y Castillo”, el “Sevilla”, el “Ciudad de Mahón”, el

“Valencia “ y otros, hacían el trayecto de Melilla a Ceuta, atracando en Alhucemas y en el Peñón de Velez, de ser necesario ir a los peñones. Finalmente solo le quedo los viajes a las Islas de Chafarinas, una vez cada 15 días y el resto de la semana funcionaba como remolcador en el puerto de Melilla.

Tiene una buena casa en la carretera de Farhana, cerca de la frontera de Marruecos, donde posee un pequeño huerto, algunos pollos y gallinas, con los que su mujer es feliz.

Todos los días se pasa por el puerto, comprueba que la barcaza o remolcador, este limpio y las maquinas funcionan, en algunas ocasiones hace algunos trabajos, remolca algún barco, lleva agua a las islas, pero normalmente su trabajo mas agotador, es jugar la partida de cartas con los amigos.

Esta sentado en el sillón, que tiene junto al timón. Lleva puesto su atuendo habitual, unos pantalones de pana y un “jersey” de lana gorda, que en su tiempo fue de color caqui, pero que ahora no se puede saber de que color es y no se quita por mucho calor que haga, el dice “lo que quita el frío, quita el calor”. Sobre su cabeza, una gorra de un color indefinido, mugrienta y llena de grasa, nadie lo ha visto sin ella y fumando un puro, que igual que su gorra,

es consustancial con su persona. En su mano derecha, en el dedo anular, un anillo grueso, de oro y con un granate le da la prestancia que requiere ser el patrón, una especie de obispo entre su gremio.

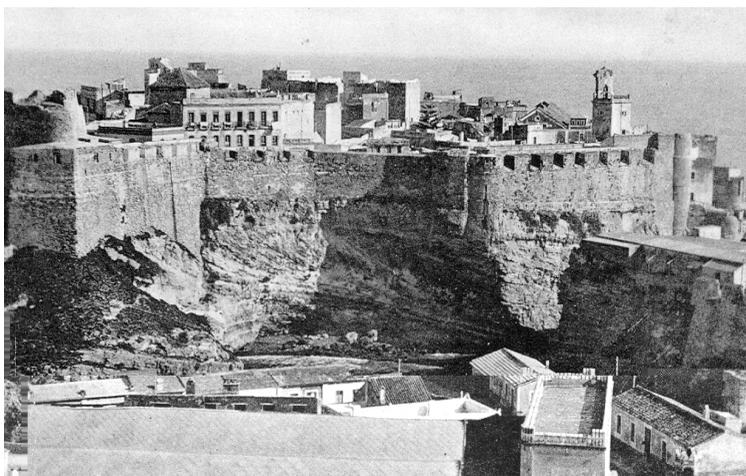
Piensa, en que ahora va a tener como compañeros, al “Colon” y al “Juanita”, son dos viejos barcos de madera que pertenecen a la Compañía de Mar. “El Colon” es tan antiguo como el Triana, fue una antigua “baca de arrastre”, transformado en carguero, es panzudo y tiene una buena bodega. Aun es capaz de hacer la travesía hasta las Islas, la ventaja que tiene, es que además de una buena maquina, que hace hasta 9 nudos, tiene un palo mayor con un buen velamen, que con viento a favor puede aligerar la marcha.

La “Juanita”, fue un barco de recreo, que fue apresado a unos contrabandistas, es poco pesado, tan solo tiene 18 metros de eslora, pero tiene un maquina que pude hacer 12 nudos.

Supongo, piensa, que cuando haya mas carga irá en el “Colon” y cuando menos o alguna urgencia irá en el “Juanita”.

Al Patrón, le acompañan dos marineros, Francisco y Antonio, también están curtidos por los años y por la vida,

igual que sus boinas, viejas, raídas y grises ya, como sus cabellos. Ayudan en todos los menesteres, quitando y poniendo las estachas en los norais, manejando la pluma, cargando y descargando las mercancías, pero eso si, sin darse mala vida y tomándolo con toda la calma del mundo. Hay un maquinista que es bastante mas joven y sufrido, la lucha que tiene con las maquinas del Triana es casi una “epopeya”



Melilla antigua.

JULIO, EL PATER

Dentro de 15 minutos el Triana partirá rumbo a las Islas, a bordo ya han subido 4 soldados del Regimiento de Infantería, llevan sus petates y su mosquetón, sus caras son un poema triste y melancólico. Se sientan sobre cubierta y se ponen debajo del palo mayor, se resguardan del sol bajo la lona triangular que hay a proa de la embarcación.

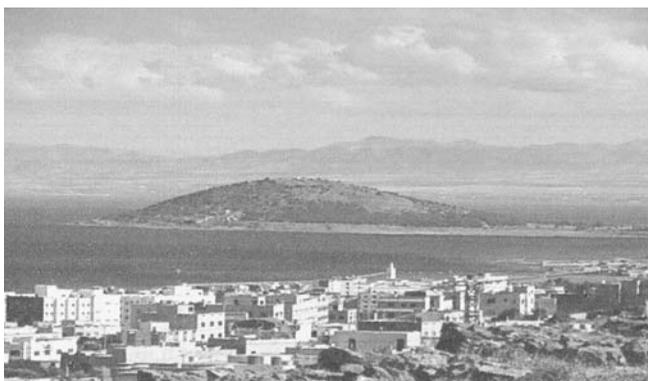
También sube abordo un sacerdote, bastante joven, lleva sotana y una maleta de cuero. Da un paseo por la cubierta y no sabe donde acomodarse, se decide por preguntar al que parece ser el capitán del barco.

-Hola, buenos días, voy a las Islas Chafarinas, me han dicho que este es el barco que debo coger, me gustaría saber donde puedo sentarme, no veo ningún camarote.

Tiene un fuerte acento andaluz, el Patrón lo mira, y le dice,

-Encantado de conocerle Pater, pero en este barco no hay camarote, se puede quedar aquí, en mi cabina, ahí hay una butaca y puede dejar su maleta donde quiera.

Deja la maleta en un rincón y se sienta en la butaca. De momento no tiene ganas de hablar. Aun esta atracado en el puerto pesquero y cada vez que algún barco pasa relativamente cerca, se balancea. Ya están quitando las maromas y recogiénolas con la maquinilla. El barco enfila la salida del puerto, pasa junto al dique noreste y deja atrás el Cargadero de mineral, a estribor se ve la ciudad de Melilla, la playa de San Lorenzo y al fondo unos montes que empiezan con el Gurugu, le sigue un monte aislado, el Atalayón, una playa de varios kilómetros, el Quemadero, la Bocana, la Restinga, se atisba un mar interior, la Mar Chica, a lo lejos se ven unas casas de un poblado llamado Nador y luego una cadena de montañas que parecen no tener fin.



Nador, la Mar Chica y el Atalayón. Al fondo los montes de Kbdana.

A proa se ven unas minúsculas manchas, difuminadas por La calima, son las Islas Chafarinas. A popa, la ciudad de Melilla se va achicando y perdiendo en la lejanía.

Hay un ligero viento sur, por lo que el Patrón decide ir próximo a la costa, aun así el barco, parece que va por encima de las olas, moviéndose en todos los sentidos.

El Patrón, se da cuenta que el Pater se esta mareando y decide hablar con el, haber si así se distrae y se le pasa.

-Así, que lo han destinado a las Islas, supongo que no las conoce, la verdad es que se esta bien, la vida es muy tranquila, se come bien, hay muy buen pescado y además puede ir todas las semanas a Cabo de Agua, que esta muy cerca, al sur de las Islas y así conocer gente buena, los moros de esa zona son muy buenas personas.

- Me llamo Julio y si, voy destinado 4 meses a las Islas. Estoy haciendo el Servicio Militar en el Cuartel del Regimiento de Infantería, y me ha tocado relevar al compañero.

Se queda callado, no tiene ganas de hablar, siente nauseas, aguanta todo lo que puede, pero finalmente se asoma por la borda y arroja todo lo que ha desayunado esta mañana. Entra de nuevo en la cabina, la cabeza le da vueltas, el ruido

del motor le resuena como si fuera un eco. El Patrón le esta diciendo,

-Seguro que ahora se encuentra mejor, puede que le haya sentado mal alguna cosa que ha comido, mire aquí llevo un bocadillo de tortilla, ahora lo compartimos y vera como se ve nuevo.

-No gracias, ahora no soy capaz de comer nada.

-Que va hombre, es peor no comer, los ácidos del estomago le van a perjudicar, venga tómese un poco y veras como mejora.

-Esta bien, lo probaré un poco.

Es cierto, después de dar unos bocados, se encuentra mucho mejor. Cierra los ojos y sin querer empieza a recodar.

Desde muy pequeño su vida la han manejado sus padres. Ha nacido en un pueblo de Córdoba, Priego, su familia que viven en el barrio de la Villa, el mas bonito de toda Andalucía, han decidido, como es el “benjamín” de sus tres hermanos y además buen estudiante, llevarlo, cuando cumplió los 10 años, al Seminario de Córdoba, tener un Cura en la familia es lo mas que se puede aspirar, además es una boca menos.

Durante los primeros años no lo paso mal, por un lado se sentía liberado de sus padres. En el Seminario, a parte de estudiar latín, que no se le daba nada mal, jugaba con los compañeros al fútbol y espiritualmente se sentía con una gran vocación, estaba convencido que había recibido una llamada de Dios. Todo fue bien hasta que cumplió los 14 años.

Durante las vacaciones del verano marchó a casa, y como es natural salio con sus amigos, los primeros días iba con una sotana, solo que duro poco, se la quito y jugo con sus amigos de siempre. Pero a esa edad las hormonas funcionan a “todo trapo”, conoció y sintió el olor, el calor y las caricias de chicas de su misma edad y estas por la curiosidad de saber como es un seminarista lo escogieron como héroe de sus aventuras reales y oníricas.

La vuelta al seminario fue traumática, decidió dejarlo y gracias al padre José, que lo supo convencer, tuvo valor para continuar. Durante todo el tiempo que duro el curso en el Seminario, su mente estaba en el verano pasado, empezaba a envidiar a sus amigos, por las noches soñaba con las niñas con las que jugaba, Manuela, aquella niña pelirroja, de ojos verdes y todo pecosa, siempre estaba en sus sueños, era como si formara parte de el mismo.

Cuando se confesaba con el padre José, siempre era lo mismo, soñaba con Manuela y en la soledad de la noche había “jugado” con su cuerpo. El sabio padre José, le quitaba importancia, y le decía que era debido a su edad, que con el tiempo se le pasaría.

Claro, que al verano siguiente, sus amigos lo llevaron a la “prueba del fuego”, estuvieron en una casa de cita, allí, en cola, como el que va a comprar una entrada de cine, entraba y salían sus amigos, contando historias lujuriosas. Entro y se encontró a una señora, que bien podía ser su madre, pero mas gorda, sin bragas y peluda, no vomito de milagro y salio de estampida. Esto lo curo de sus fantasías, al menos hasta que terminó el Seminario.

Continuó sus estudios, hasta terminar y ser ordenado. Pero sus hormonas siguen ahí y sus instintos le han jugado mas de una mala pasada.

Cuando salio del Seminario marchó a un pueblo de Córdoba, en su mente soñaba arreglar el mundo y sobre todo su mundo. En el pueblo se encontró con un Párroco muy anciano y una Iglesia antigua y empobrecida. Para empezar solo había una habitación, pequeña, con olor a humedad y donde tenían que dormir los dos juntos, con

un retrete, un lavabo y una mínima cocina. Una señora, tan anciana como el Párroco, los atendía.

Esta bien arreglar el mundo, pero todo tiene un principio y lo primero que tenía que hacer, era vivir decentemente. En las primeras misas pidió a los feligreses que ayudaran para construir una casa sacerdotal, acorde con un pueblo tan maravilloso. Pero aquello no dio resultado, el dinero que aportaron no daba ni para una puerta.

Los hombres del pueblo eran bastante reacios a entrar en la Iglesia, no es que fueran ateos, ellos creían en Dios y sobre todo en la Virgen de la Ermita, pero la Iglesia era cosa de mujeres, estaba mal visto entrar en ella y que los demás lo viesen.

Como veía que era imposible conseguir el dinero que necesitaba para construir la casa sacerdotal, decidió recurrir a su imaginación.

Aquel verano se había tirado un espontáneo en una corrida que se celebraba en Córdoba, era un indigente que se dedicaba a robar gallinas, frutas y todo lo que podía para sobrevivir. La gente se entusiasmó con él, fue lo más comentado en aquel mundillo taurino. Julio, el cura, estaba al tanto de todo y pensó, que el tal espontáneo podría ser una mina.

Como tenia buenas amistades, consiguió que le dejaran instalar, en un campo cercano al pueblo, una plaza transportable, donde se podían celebrar novilladas. En aquel mes de octubre, los dueños de la plaza no tenían donde alquilarla, por lo que no fue difícil que se la cedieran de forma gratuita. El mismo ayudo a instalarla y mal que bien, lo consiguió, aunque no fue nada fácil, estaba muy estropeada, le faltaban tablas y muchas de ellas estaban rotas.

Por mediación de sus amigos de Priego le regalaron cinco novillos, aunque uno de ellos bebía tener por lo menos 5 años, con unos cuernos enormes y astifinos. Hablo con algunos novilleros, chicos jóvenes dispuestos a todo con tal de darse a conocer y fue en busca del famoso espontáneo, Manuel, muy conocido del pueblo por sus tropelías y al que mas de una vez le habían ayudado a sobrevivir.

Consiguió que se celebrara un festival en la plaza transportable, nadie sabe como lo consiguió, se anuncio por el boca a boca en toda Córdoba y su provincia, el lleno fue absoluto.

Hubo un incidente, el toro de 5 años, antes de ser toreado, rompió el chiquero y golpeo a un mozo, que intento evitar

que se escapara. Lo tuvieron que llevar a un Hospital de Córdoba. El toro se escapo y con la ayuda de unos mayores conseguieron reducirlo en la rivera del río y llevarlo a la plaza. El festival se celebro, Manuel se hizo celebre y las ganancias económicas fueron mínimas, ya que tuvo que pagar el traslado del contusionado y los gastos hospitalarios.

El Obispo le recrimino su osadía y haberla hecho a espaldas de sus Superiores, sobre todo sin ninguna autorización gubernamental, aunque fuera por una buena causa. Aunque de momento no paso nada, quedo avisado que si volvía a cometer otro acto tan grave seria sancionado.

La gente del pueblo empezó a tenerle poco afecto, se convirtió en un pequeño inquisidor, quería controlar a todos y manejar a la gente a su antojo. Por su cuenta, prohibió los bailes que normalmente los jóvenes hacían los sábados por las tardes en la plaza del pueblo.

En una de sus escapadas en moto, con los mozos del pueblo, en busca de aventuras amorias, lo denunciaron a las autoridades Eclesiásticas. Estas, le obligaron a tomar una decisión, dejaba el sacerdocio y hacía lo que deseara o

se marchaba del pueblo e ingresaba en el Servicio militar por dos años.

Solo tenia dos opciones, dejar el sacerdocio y hacerse representante de Manuel, el Espontáneo, que lo veía con un gran futuro en el mundo taurino o se veía obligado a marchar del pueblo y hacer el Servicio Militar, como le habían aconsejado. Le costó un gran esfuerzo tomar una decisión, pero por no ofender a sus padres y porque en el fondo estaba convencido que se sentía sacerdote por encima de todo lo demás, aunque era una persona y por tanto tenía sus necesidades y sus flaquezas.

Después de un mes de preparación, lo destinaron a un cuartel de Melilla, y ahora se ve camino de estas Islas, que para el son un purgatorio, tal vez merecido, que le redima de todos sus pecados. De todas formas, durante estos cuatro meses, no sabe que podrá pasar, siente miedo, le asusta la soledad y sobre todo el sentirse aislado.

Han pasado cuatro horas. El Patrón sigue con el puro en los labios. Piensa en su hijo, con 20 años, después de haber llevado una vida desastrosa, sin querer estudiar, ni trabajar, solo jugar con sus amigos y sus líos con las fulanas del Real, ahora se ha apuntado a la Legión. En el fondo se

alegra, le hace falta la disciplina, que ni su madre ni el, le han sabido dar.

Mira al frente, el barco navega a unas dos millas de la costa, a proa se ven las Islas, en primer termino hay una mole inmensa , es la Isla del Congreso, una montaña partida, en lo mas alto existe un explanada, la ladera que mira a poniente esta como rota, con bloques cuadrados de granito, que llegan hasta el mar, formando lajas que hace muy peligroso navegar por sus aguas. Detrás se ve la Isla habitada, Isabel II, es como un cono, con tres cimas, a la distancia que aun están no se aprecia si hay vida en ella. Mas atrás se ve otra Isla, es alargada y se aproxima a la costa de Marruecos, tiene una altura escasa, por lo que apenas si se ve desde el barco. Hay algo de oleaje, no es de extrañar que el Pater vaya tan callado y con los ojos cerrados, dormitando. Al Patrón le gustaría saber que esta pensando, para el le resulta un misterio, lo que piensa y siente un Pater, al fin es un hombre atado a una sotana.